

DIRECTOR,
D. NICOLÁS FORT Y ROLDAN.

PRECIOS DE SUSCRICION.
Tres meses en Madrid.... 4 rs.
Trimestre en provincias... 5 »
Se publica los días 5, 15 y 25
de cada mes.

LA VELADA.

PERIÓDICO LITERARIO.

ADMINISTRADOR,
D. ENRIQUE SAN MARTIN.

PUNTOS DE SUSCRICION.
Redaccion, S. Lorenzo, 17, 4.º
Administracion, Humilladero,
núm. 3, principal.—Líbreria
de S. Martin, Puerta del Sol.

AÑO II.

Madrid 5 de Febrero de 1873.

NÚM. 7.º

LA PESCA NOCTURNA.

(Véase el núm. 5.)

IX.

Cuando recobré el sentido halléme en la banquilla al lado del timon, cuidado por uno de los pescadores.

Comprendí al poco rato lo que había pasado. Mi cuerpo formaba un verdadero fardo perdido en chaquetas, boinas y redes de pescar. Mis pies estaban envueltos en un pañuelo y encerrados en zapatones de madera, y en mi cabeza habian colocado el gorro frigio de la marineria.

Aquellas pobres gentes se habian desprendido de todo lo que tenian para volverme el calor natural, y no sé qué agradecer más, si el haberme salvado la vida ó el cuidado que de mí tuvieron.

No me ocurrió por aquel momento si haria ó no una figura ridícula con tan extraño atavío. Me encontraba bien, completamente rehabilitado, mi herida era un leve rasguño, y casi casi bendije el contratiempo que me habia conducido á semejante estado.

Los honrados pescadores estaban recogiendo las redes para volver á tierra. No quise permitirlo de ninguna manera: hice todo lo posible para convencerles de mi bienestar y conseguí que se quedaran por aquellos lugares. De esta manera no perjudicaba sus intereses.

Me dieron un cigarro, que en otra ocasion hubiera encontrado detestable, fumé y masqué sin sacar las manos de las ligaduras, y al dulce balanceo de nuestra barquichuela sentí una necesidad de dormir que me hacia bajar y mover la cabeza de uno en otro lado de la manera más deliciosa del mundo.

Pude sobreponerme á la terquedad de mi espíritu y seguí examinando ligeramente los incidentes de la pesca.

X.

Antes de pasar adelante, voy á permitirme una pequeña digresion.

Los pueblecillos que se levantan en nuestras riberas, como en las riberas de otros Estados de Europa, están generalmente aislados, sin medios de comunicacion y abandonados por lo tanto á sus propios recursos. Estos recursos son, cómo comprendereis, muy insignificantes: la mujer emplea la mañana en las faenas de la casa y la tarde en

trenzar redes de cáñamo que ella misma prepara, y el hombre dedica todo el tiempo á la pesca más productiva en el inmediato mercado.

Apénas amanece, el marido se despide de su familia, toma asiento en su bote, acompañado por lo comun, y marcha por el agua en busca de una fortuna que, por desgracia, no siempre se presenta. Despues de algunas horas vuelve á su hogar, desembarca la pesca, separa la parte destinada á cubrir sus necesidades todas, y, ó vende el sobrante al primer mercader que estafe su candor, ó se ve obligado á tirarle nuevamente al agua para evitar su inmediata podredumbre.

Los habitantes de la costa conocen por la práctica el lugar donde anidan las diferentes especies de pescados, saben por observacion las estaciones más apropiadas á ciertas familias, la hora en que salen de sus cavernas, su cebo predilecto, sus costumbres y pasiones; por esta razon en cada época del año varian generalmente sus derroteros, á no ser que les pagueis en buena moneda, cosa que aprecian más que todos los peces y mariscos del Océano.

En algunos lugares, ricos en producciones marinas que se despachan muy bien por todas partes, como las ostras, el bacalao, las anchoas, la merluza, el arenque, etc., etc., cada una de estas aldeas forman una flotilla terrible que ahuyenta muchas veces los habitantes acuáticos de la ribera.

De aquí proviene que si antes recibian un buen estipendio por aquella *explotacion*, se encuentren más tarde sin la renta que tenian ni el capital que explotaban.

Las grandes pescas en nuestros puertos del Mediterráneo, se practican por regla general á las altas horas de la noche. Nada más curioso y pintoresco que aquella reunion de cáscaras de nuez á muy corta distancia de la orilla; las redes, tendidas muchas veces de una en otra barquichuela; el reflejo de las estrellas ó la luna en la superficie, aquellas luces que corren por la cubierta de algunos costaneros, la brisa que mueve las lonas recogidas en los mástiles; la fosforescencia, aunque levisima en estas regiones, de las aguas del mar; el roce de las cuerdas en los costados, cuando recogen el fruto de sus afanes; el chasquido de las botas del timonel en los grandes barcos, paseando de popa á proa con las manos en los bolsillos y la pipa en la boca; el encanto

indefinible de este extraño espectáculo, es efectivamente digno de ser admirado por esos creadores de visiones que se llaman poetas. Una vez hecho su negocio, se arregla la cubierta, cuádrán las velas si el viento es favorable, lévase el ancla y ¡a tierra! que la mañana es fresca y nos espera el hogar.

Mis dos compañeros de pesca estaban solos en la aldea y naturalmente el conjunto no era tan vistoso. La luna secundaba todos sus proyectos: el flujo arrastra á la costa un número considerable de pescados, el campo estaba sin explotar, y de esta dejadez del hombre y la naturaleza se habian aprovechado aquellas buenas gentes para lograr un precioso agosto en medio de los calores del verano.

Conseguido el objeto que me proponia, vuelvo á reanudar el hilo de mi interrumpida narracion.

XI.

Estábamos abandonados al imperio del Océano.

Los remos se hallaban embarcados en nuestra barquichuela. La vela me servia de capa. Las redes, colgadas de la nave, nos envolvian por babor y estribor. No se percibia el menor soplo de viento y apenas se dejaba sentir la ondulacion del mar: parecia una chalupa soldada en un lago de hielo.

Habia llegado la hora de la pleamar. Las olas no podian llevarnos á tierra, ni arrastrarnos al centro del Océano. La orilla presentaba los mismos accidentes, y no podíamos observar si derivábamos ó no á lo largo de la costa.

La luna se alejaba mar adentro. Algunos celajes bosquejaban en aquella direccion la inmensidad del espacio. El astro se envolvía en un vapor blanquecino, como temeroso del rocío de la noche. Hacia tierra las sombras iban extendiéndose poco á poco por la bóveda azulada, donde brillaba temblorosa alguna que otra estrella de segunda magnitud.

Escuchando no se percibia el susurro más ligero, y sin embargo la naturaleza no estaba completamente dormida. La brisa, sin dejarse sentir, parecia que suspiraba en torno nuestro; la ola, sin notarse siquiera, lamia con un ruido particular las arenas de la playa, y cuando todo callaba oía, como una prueba del organismo universal, los latidos del corazón tranquilos siempre, como si no perdiera en cada golpe una onza más de sangre y una gota más de vida.

(Concluirá.)

A UN MONTON DE HOJAS SECAS.

Pobres restos no más del árbol seco,
hojas primeras del otoño frío:
¡fuisteis, decís, acaso las que un día
esperábais las gotas de rocío

que en sombras se envolvía
cuyo leve silbar guardaba el eco?
¡Vosotras, las que el canto enamorado
escuchábais del ave que importuna
apoyaba en la rama el dulce nido?
¡las que en la noche triste y silenciosa
modulábais frotándoos un ruido
tan tenue y prolongado
como la voz ahogada y armoniosa
del que cuenta sus quitas á la luna?...
¡Ah sí, sí, sois aquellas que rozábais
con la brisa sutil de alguna aurora,
las que al cierzo fugaz os columpiabais
sin pensar que más tarde tristes, yertas,
iríais á morir envejecidas,
privadas del verdor que no os colora
con otras compañeras desprendidas
entre un monton no más de ramas muertas!

Así es el mundo, así; así es el hombre;
así soy yo también, pobre existencia
sin principio ni fin, sin fe ni nombre:
así también feliz como lo fuisteis
acaso gozaré de aquella esencia
á cuyo sueño halagador dormisteis...
Tal vez por mi fortuna
en las noches heladas
tendré un amor, tan bello
cual en vuestras veladas
saludábais gozosas el destello
de un rayo de la luna;
para luego sembrar aniquilado
de un árido sendero las orillas
entre mil compañeros olvidado,
como esas hojas yertas y amarillas.

Retiro.—23 de Agosto de 1872.

CARMEN.

(Conclusion.)

Su recuerdo estaba impreso en mi memoria, pero era una extraña memoria la que conservaba de la pobre niña.

Unas veces forjaba quiméricos palacios donde escondía á mi tesoro con el sigilo de la pasión; otras veces me decia que á su lado me bastaba un triste albergue donde pasar la velada.

Un momento la veía dibujarse en el espacio sin forma ni color, y moverse en una ligera ondulacion al suspiro del ambiente: yo vagaba con ella y mis ojos se fijaban en sus labios que temblaban murmurando una plegaria.

Después la veía gozando del hogar, apoyada su mano en mi hombro y su cabeza en la mano, mientras yo, teniendo sobre mis rodillas al ángel de nuestro amor, les contaba una hermosa leyenda de mi viejo país.

Luego esta vida tranquila se iba perdiendo poco á poco en mi memoria, y la sustituía otra existencia, dulce siempre, porque siempre la tenia á mi lado.

Me dormí por fin; pero seguí soñando con la hermosa Carmen, que ya no podia olvidar.

Al levantarme me encontré más tranquilo. Hacía un hermoso día de invierno é intenté escribir alguna cosa. Todas las composiciones tenían un

mismo título: *Cármén*; pero mis pensamientos eran tan diversos que no pude concluir ninguna de ellas. Rasgué algunas cuartillas y me levanté incomodado de mi pequeñez.

Intenté leer y no pude: sufría un malestar que no podía contener. Salí, esperando que el ruido me distraería algo, y las gentes me fastidiaban con sus necios cuchicheos y los amigos con sus inocentes observaciones.

Volví a casa y no salí un solo momento en los tres días siguientes. Algunos amigos vinieron a verme; pero la frialdad con que los recibía acortaba la visita, y estaba generalmente solo. No me extrañó el disgusto que veía en mi casa por la situación en que me hallaba, porque, la verdad, estaba disgustado de mí mismo.

Esperaba al próximo jueves para acudir a la reunión; pero a los tres días me cansé de esperar y resolví hacer una visita a la bondadosa marquesa. Esto nada tendría de extraño, y además pensaba darle una satisfacción por mi falta de política, haciéndola ver como de paso la verdadera causa de aquella distracción.

Estaba convencido de que la marquesa secundaría todos mis proyectos.

En efecto, en la tarde del día siguiente, hora en que se encontraba visible, me dirigí un tanto inquieto a su magnífico palacio.

Al llegar a la Puerta del Sol impidióme cruzar a la otra acera un acompañamiento fúnebre. Debía ser un importante personaje, porque los coches no terminaban nunca. Empecé a exasperarme con la lentitud de aquella marcha, cuando oí la voz de mi amigo Eduardo desde una de las berlinas.

—Adios, Laureano, me gritó.

Saludéle, y esperé que pasara la comitiva. Luego seguí mi camino y llegué al palacio de la noble marquesa.

Uno de sus coches estaba parado ante el edificio. Comprendí que debía salir muy en breve e iba a retirarme, cuando apareció al principio de la galería. Me vió, saludóme y me consideré obligado a salirle al encuentro.

—¿Usted por acá? me dijo sonriéndose. ¡Cuánto siento que haya llegado V. a estas horas!

—Mi deseo era tener el gusto de saludar a V., y he tenido el honor de satisfacerlo.

—El honor era el mío, caballero... Si al menos estuvieran las niñas, podría V. acompañarlas; pero se hallan en un duelo, como Eduardo, y yo me dirijo al mismo punto.

—¡Oh, Dios mío! ¿Tendría V. la desgracia de perder alguna persona de su familia?

—No, afortunadamente. Es una pobre niña que ha muerto de la manera más repentina del mundo.

—¿Una pobre niña?...

—Sí, un ángel en figura de mujer... pero usted debe conocerla...

—¿Yo?

—Sí, no hay duda; era la americana *Cármén*: ahora recuerdo, la que ha bailado el último vals con V.

—Y bien, queridos amigos—nos dijo nuestro triste Laureano como si no pudiera concluir su narración—¿os convenceis de que todas las his-

torias de este globo no son hechos providenciales, como habeis sostenido? ¿Con qué objeto me habria presentado la Providencia a mi adorada *Cármén*, si habia de quitármela un momento despues?... Vamos, decid: ¿qué contestais a esto?

SECCION GENERAL.

TEATROS.

Como principio de año tuvimos en los principales teatros una traducción y una obra retirada por sus autores. Pocos días despues, dos nuevas producciones vinieron a continuar la serie de aplausos alcanzados en esta temporada.

La primera, del Sr. Herranz, se estrenó en el teatro Español. Su título, *Honrar padre y madre*, indica perfectamente el objeto que se propone el autor: las situaciones se suceden con la mayor naturalidad, el verso es suelto y correcto, el argumento sencillísimo y altamente conmovedor. El Sr. Herranz ha observado las reglas de nuestros grandes profesores; en el primer acto la exposicion, en el segundo la acción dramática, en el tercero el desenlace; en suma, su jóven autor ha estudiado antes de realizar, y nos ha presentado una obra acabada, cuyo mayor defecto es nuestro tardío aplauso.

A la siguiente noche se presentó en el Circo un drama en verso del Sr. Velilla de Rodriguez, titulado *La Expulsion de los moriscos*. El drama histórico a nuestro entender, debe presentar en escena personajes conocidos del público, que hayan existido y con su verdadero carácter: de esta última regla se han separado los señores García Gutiérrez y Nuñez de Arce, en sus dramas *Doña Urraca de Castilla* y *El Haza de leña*. Cuando el acontecimiento que se intenta presentar es un suceso familiar a consecuencia de un hecho político, la obra no es un drama, será, a lo más, una incidencia histórica: hé aquí lo que ha llevado a cabo el Sr. Velilla.

El Sr. Velilla es jóven, y su juventud se retrata en su produccion; se le aplaude y con justicia, pero su obra, a nuestro juicio, no obedece a las exigencias de la escena.

Vamos a explicar nuestro pensamiento.

Hay en el escritor dos grandes pasiones: la imaginación y el sentimiento. La primera es una pasión inmensa que todo lo concibe; la segunda es la expresión de esta misma idealidad. La imaginación de un poeta produce admirables poemas, pero en la escena no llega a conseguir el efecto que su autor se propone. *D. Juan Tenorio*, de José Zorrilla, es una obra que, desprovista de su bellísima poesía, sería recibida por el público con la mayor frialdad.

En la escena hay que conmover, hay que tocar las fibras delicadas de los espectadores, hacerles interesarles con los personajes que presenta; y hé aquí que el Sr. Velilla, como todo jóven cuando empieza a escribir, nos ha dado prueba de una concepción vigorosa, haciendo escuchar al público primero aquellas lentas campanadas que llaman a las oraciones, despues el ruido del cadalso que empieza a levantarse, antes los gritos de los piratas que saquean un convento, luego la plegaria de una virgen que recuerda su pasión.

Entre la obra del Sr. Velilla y la del Sr. Herranz, hay la distancia del jóven que empieza y el jóven que marcha adelante. Dispense el autor de *La Expulsion de los*

moriscos nuestro humilde parecer: cuando el Sr. Velilla marche adelante, nosotros haremos un esfuerzo para empezar la carrera; ¡y ojalá que nuestra primera obra tenga únicamente los defectos que hemos señalado!

SONETO.

Ninfa del lago que en incierto vuelo,
tan dulce como el pliegue de la brisa,
apenas te perfilas indecisa
en el limpio cristal del arroyuelo:

Cruza en silencio el azulado cielo,
y penetra en la choza de mi Elisa,
y cuéntale sin voz, con tu sonrisa,
la causa de mi goce y mi desvelo.

Dile, dile á mi amor por qué murmura
al lucir el matiz de la alborada
la cuitada avcilla en la espesura;

Mas si descansa fiel y enamorada,
y palpita feliz en su ternura,
no, no la digas á mi niña nada.

A.....

Mara ¿que quieres? ¿Que la musa mia
alce su vuelo con tranquilo canto?
Rara es tu pretension: el alma fria
anhela y goza solo con el llanto.
Fantasma del dolor mi fantasia
amar tu sien no quiero en el quebranto...
rechaza ese esperar: mi ingrata suerte
tristeza nada mas puede ofrecerte.

MAXIMAS.

Si dices lo que piensas, no escribas lo que digas.

No hables siempre con el corazon en la mano, que
puede arrebatártelo tu interlocutor y quedar sin co-
razon.

Piensa si quieres sin leer; pero nunca leas sin pensar.

No te detenga para terminar una obra de caridad el
que no la hayas emprendido.

No pienses en la maldad si eres bueno, ni en la bon-
dad si eres malo: una y otra idea, en lugar de consolar
tu corazon, servirá para torturarlo con más fuerza.

CHARADAS.

En el *dos y tres* lejano

Paseando la otra tarde

Oí á una linda zagala

De esta manera quejarse:

¿Por qué os llamásteis mi *todo*

Y no os llamásteis ruñan

Cuando son las vuesas obras

Obras dignas de un Caifás?

Yo guardando la *dos prima*

Cerca del cañaveral,

He oído vuestros engaños,

Pues escuché vuestro hablar.

No es propio de buenos homes

Lo que malos homes han,

Ni *cuarta prima* es tan dura

Como vuestro pecho está.

Zagalejos de esta aldea,

No intentéis calmar mi mal,

Que quien *cuarta y dos* el alma

El solo darla podrá...

Calló la hermosa pastora,

Y por el fondo del valle

Por la *prima y tres* formada

De arbustos y matorrales,

Apareció un guapo mozo

Que despues de un beso dalle,

La *tercia y dos* á la choza,

Donde la pidió á su padre.

—¿A dó vas?

—Voy á mi *todo*.

—¿Para qué?

—Por ver si acierto

poner mi nombre á cubierto

de este tan manchado lodo.

Mira que á España no reta

la nacion que necesita;

sí, *tercia y prima* maldita

debe estar por el Profeta.

—Deliras: ¿no ampara él?

—La *segunda y terciá* nada,

contempla sino á Granada

en el poder del infiel.

Gente *segunda y primera*

que gran valor poseia,

mírala abatida hoy día

sin patria, ciudad y bandera.

Y aquel grupo varonil

que hacia *tercia y segunda*

al infiel, Alah confunda,

vé que es dueño del Genil.

Por esta razon aquí

con mi *prima y terciá* paso:

desgraciado sere acaso,

Alah te guarde.

—Y á ti.

La hemos publicado en *Los Sucesos*, seis años ha.

SOLUCIONES.

Nombres de mujeres. *Pura*.

Logogrifo: CÓRDOBA.—Darro, roca, barro, corba,
oro, dorado, caro, bardo, roba, Córdoba, adora,
corro, boda.

MADRID.—1873.

IMPRESA DE LA ASOCIACION DEL ARTE DE IMPRIMIR.

Colmillo, 8.